

## VIVIR O SOBREVIVIR



Hay una gran diferencia entre estas dos palabras: para unos, los más, la vida se compone tan sólo de actos encaminados a seguir viviendo, mientras su existencia discurre corseteada por los miedos, las ofensas recibidas, las interminables culpas que otros pretenden hacerles cargar, y sobre todo, de la nula posibilidad que tienen de disfrutar el presente; de ese nuevo día que hay delante para vivirlo, para explotarlo, para sentirlo. Por el contrario, se da el caso de algunas personas a las que, en España, se les llama de forma despectiva vividores, como si saber vivir fuera necesariamente algo malo, o un pecado por el que se debe purgar.

Todos hemos oído llamar a tal o cual persona vividor, sobre todo si lleva una vida distinta, divertida y libre. La mayor parte del tiempo lo pasamos influenciados por las marejadas y temporales ajenos, por actos de otros que se imponen en nuestro ánimo como si tuviéramos la obligación de vivir a través de los dictados y las experiencias de los demás. Cargamos con sus culpas, y permitimos que nuestras vidas se vean enturbiadas por cosas de las que no somos responsables.

El que sabe vivir ejercita la potestad de cambiar cuando él lo decide. Juzga, sopesa y balancea su existencia a tenor de su experiencia y voluntad; incluso, cuando las desgracias se ceban sobre su existir logra sacar la cabeza y seguir respirando. En general, son gentes que tienen muy presente que para crecer en la vida hay que arriesgar y estar dispuestos a capear muchos temporales. Además, tienen muy claro que la muerte es el tránsito obligado por el que todos debemos pasar; esto es, que aceptan la muerte como una parte más de la vida, lejos de monsergas e intereses mezquinos, que la pintan como algo más trascendental e importante que el propio hecho de haber nacido.

En España se ha tratado de aniquilar y desprestigiar a los llamados vividores, tratando de incluirlos en conceptos trasnochados, peyorativos, puritanos y carcas, en los que, lo de menos, es disertar sobre la propia vida. Las personas no solo debemos vivir lo mejor que podamos, sino que tenemos la obligación de hacerlo de la forma más libre, bella y decidida posible.

Los otros, los más, los que se pasan la vida quejándose por todo, cada vez están más lejos de poder llevar una existencia placentera y digna de ser vivida. Ni los errores del pasado, ni las desgracias familiares, ni los reveses del existir se pueden anteponer al privilegio de disfrutar de un día más.

Es verdad que la vida nos golpea cuando menos lo esperamos, pero es justamente esa dimensión de fragilidad y humanidad la que provoca que luchemos todavía más para hacer un camino propio, que a la postre valga la pena haberlo vivido.

La mayor parte de la gente no somos culpables de la estupidez de nuestros políticos, del hambre en el mundo o de las miserables guerras que se inventan los que manejan los hilos

del poder y el dinero. El margen de maniobra que tiene un ciudadano aislado para cambiar las cosas es demasiado pequeño. Todo lo más, tenemos la culpa de no escoger mejores gestores de nuestro bienestar; aunque, seguramente, lo que sucede es que no hay otros más dotados a disposición del votante; por lo que, aquellos que nos gusta la vida tampoco nos sentimos culpables de ello, pues, cuando se ha tratado de colaborar con ese poder mezquino y mediocre que padecemos, nunca aceptaron la ayuda de quienes no se prestan a ser manipulados, intoxicados o corrompidos, vamos, la ayuda de los vividores.